

# **TÍTULO: EL COMANDANTE Y DR. EDUARDO BERNABÉ ORDAZ QUE YO CONOCÍ.**

**AUTOR:** Ricardo González Menéndez.

Doctor en Ciencias. Profesor Titular y Consultante Psiquiatría de la UCMH.

Ex Presidente de la Sociedad Cubana de Psiquiatría.

Presidente de la Comisión Nacional de Ética Médica del Ministerio de Salud Pública de Cuba.

**RESUMEN:** Con motivo de la Sesión Científica convocada por la Sociedad Cubana de Historia de la Medicina para tributar el Elogio al Comandante del Ejército Rebelde, Doctor Eduardo Bernabé Ordaz Ducungé, quien fuera Miembro de Honor de esta Sociedad, se decidió que fuera el autor, quien realizara la semblanza histórica de esta gran personalidad de las ciencias médicas cubanas, atendiendo a los años de labor conjunta con quien fuera el gran transformador del Hospital de Dementes de Cuba (Mazorra) en un verdadero hospital psiquiátrico que garantizara la atención integral a los pacientes allí recluidos. El propósito fundamental de la presente semblanza no es destacar la trayectoria social de un gran hombre, que con su propio esfuerzo alcanzó el rango de figura histórica en el desarrollo de nuestra Revolución y en la Salud Pública. Los objetivos no serán, por tanto, exponer su extraordinario significado nacional e internacional. La motivación básica para escribir estas líneas es contribuir a responder la pregunta de ¿Por qué los pacientes psiquiátricos, y muy especialmente aquellos de evolución prolongada, mundialmente rechazados como si fuesen -al decir de quien hoy recordamos- “las borras del café” entre los pacientes de la especialidad, le decían, le dicen y le dirán por centurias, “Papá Ordaz”.?

**PALABRAS CLAVE:** comandante/doctor/papá ordaz

## **INTRODUCCIÓN:**

El propósito fundamental de la presente semblanza no es destacar la trayectoria social de un gran hombre, que con su propio esfuerzo alcanzó el rango de figura histórica en el desarrollo de nuestra Revolución y en la Salud Pública.

Los objetivos no serán, por tanto, exponer su extraordinario significado nacional e internacional como Comandante de la Revolución, fundador del Hospital de Guerra en la Sierra Maestra, como Héroe Nacional del Trabajo de la República de Cuba, Diputado a la Asamblea Nacional, militante del Partido Comunista de Cuba, Presidente de la Asociación de Estudiantes de Medicina, Presidente de la Asociación Psiquiátrica de América Latina, Miembro de Honor de las Sociedades Cubanas de Neurociencias, Historia de la Medicina, Psiquiatría, y de Psicología de la Salud, ni su condición de Miembro honorífico de la Asociación Mundial de Rehabilitación Psicosocial, Profesor de Mérito de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana y profesor honorario de Psiquiatría de universidades de Perú, Ecuador, Brasil, Argentina, Uruguay, Colombia, República Dominicana, España y México.

Tampoco se comentará su nominación al Premio Nobel de la Paz ni al título honorario de Maestro de la Rehabilitación Psicosocial conferido por la Asociación Psiquiátrica de la República Dominicana.

La motivación básica para escribir estas líneas es contribuir a responder la pregunta de ¿Por qué los pacientes psiquiátricos, y muy especialmente aquellos de evolución prolongada, mundialmente rechazados como si fuesen -al decir de quien hoy recordamos- “las borras del café” entre los pacientes de la especialidad, le decían, le dicen y le dirán por centurias, “Papá Ordaz”.?

## **DESARROLLO:**

Los grandes hombres se recuerdan por sus grandes obras y detrás de las mismas está, como sentenció Martí, la sonrisa de una gran mujer, en este caso Adelita, esposa, compañera de trabajo y madre de sus dos hijos, que le acompañó hasta que la muerte los separara.

Cuando Ordaz vino al mundo el 13 de octubre del año 1921, en un humilde hogar proletario en Bauta y pese al fuerte temperamento evidente desde los primeros días de su vida, muy lejos estaban sus progenitores y hermanos mayores de imaginar que aquel recién nacido alcanzaría en la historia de nuestra revolución el rango de figura inolvidable.

Fue en ese hogar proletario, funcional, armónico, consistente y amoroso que comenzó su desarrollo como ser humano, destinado a escribir gloriosas páginas de heroísmo, bondad, estoicismo, solidaridad, honestidad, lealtad y, sobre todo, a erigirse como un símbolo de sensibilidad humana y capacidad de involucración, manifestados en todos los campos de su vida y ejemplarmente focalizados, a partir de enero de 1959, hacia las personas con discapacidades mentales, responsabilidad jamás asumida por los gobiernos de turno que precedieron la culminación de nuestro proceso de liberación de la colonia y de la república.

De sus honras fúnebres, recuerdo, junto a las brillantes palabras de despedida de nuestro rector de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, profesor Jorge González Pérez, el toque a silencio de la trompeta que hizo latir con fuerza los corazones de los presentes y que indujo a la evocación, entre sus amigos, de los años de estudiante de medicina en que sufragaba parte del costo de sus libros trabajando la madrugada de los sábados como trompetista autodidacta, en un conjunto musical que le pagaba cinco pesos por noche de trabajo.

Cuando en mi trayecto al Hospital General Calixto García, paso frente al Carmelo de 23 y G, un recuerdo inevitable es también que, con igual objetivo de enfrentar los costos de su carrera médica, noche tras noche, a la misma hora en que otros estudiantes comenzaban su merecido descanso, el comandante Ordaz iniciaba su jornada de trabajo como auxiliar de limpieza en dicha instalación gastronómica, para poder subsistir en aquella etapa en que las facilidades para hacerse médico, de que hoy disfrutan nuestros jóvenes, eran solo un sueño.

Desde mi posición ideológica inicial de pequeño burgués, siempre admiré a quienes terminaron su carrera enfrentando dificultades económicas que yo nunca sufrí y el comandante Ordaz fue para mí el paradigma de ese indiscutible mérito personal.

Pese al tiempo dedicado a estas tareas “extracurriculares”, fue dirigente de la Asociación de Estudiantes de Medicina hasta la culminación de sus estudios, cuando prosiguió su activa participación clandestina y luego se incorporó a la Sierra Maestra.

Durante la etapa de la lucha en la Sierra Maestra, creó el hospital de campaña de la Columna Uno en La Lata, un intrincado paraje de las montañas orientales, y allí fungió como director, anestesista y cirujano de guerra, a la vez que, como hombre de fe católica, participaba como monaguillo y otras veces como sacerdote sustituto, en bautizos y matrimonios en los territorios ya liberados.

Su valentía como combatiente, su ética profesional y su profundo humanismo, le hicieron merecedor del respeto de los soldados enemigos; de la admiración de sus compañeros de armas y del amor de los residentes en la zona.

Fueron, en gran medida, esas condiciones integrales, las que explican su selección para asumir la dirección y transformación del otrora Hospital de

Dementes de Cuba, que durante la dictadura batistiana alcanzó la triste categoría de “peor manicomio en toda América Latina y el Caribe”.

Desde el inicio del esforzado cumplimiento de la tarea asignada, su profunda vocación de servicio alcanzó en el ámbito laboral su clímax, al encontrar “la misión de su vida” y asumir sus responsabilidades médicas como un verdadero sacerdocio, motivado por su deseo de que aquel engendro de la explotación e indiferencia ante los sufrimientos de los más débiles, se transformara en un hospital estatal modelo, no sólo para América Latina, sino para todo el tercer mundo.

El nueve de enero de 1959, aquel joven barbudo, traspasó el dintel de nuestro centro, con la actitud orientada por nuestro Apóstol cuando sentenció “el deber debe cumplirse sencilla y naturalmente”.

La pregunta que seguramente se formularon los miembros del equipo hospitalario de entonces, fue: ¿Podrá un anesthesiólogo y cirujano de guerra, hacer dejar atrás para siempre aquella institución psiquiátrica denominada--con sobradas razones--por nuestro Comandante en Jefe, como “el infierno de Dante”?

Quienes vivenciaban dicha justificada incertidumbre, seguramente desconocían cuántas cualidades humanas habían en aquel combatiente, designado para la dirección del hospital, como una de las primeras medidas de gobierno de la dirigencia revolucionaria, el mismo día en que las tropas victoriosas entraban a La Habana.

Estas virtudes eran empero hartamente conocidas por Fidel, Raúl, Almeida y Celia Sánchez, quienes pusieron sobre sus hombros tal responsabilidad, conscientes de que, mucho más que conocimientos especializados en psiquiatría, se necesitaba una alta sensibilidad humana, capacidad organizativa, compasión y potencialidades para involucrarse de manera transformadora, creativa y

resolutiva en la tragedia de otros seres humanos, cuyo paradigma era el enfermo mental de curso prolongado.

Existía en él—afortunadamente—sobrada espiritualidad para saber ubicarse en el lugar de los pacientes y familiares, así como para ofrecerles el trato respetuoso y amable que desde un principio supo darles. Se cumplía así el propósito martiano de que la ley primera de nuestra constitución fuese “el culto a la dignidad plena del hombre” y también el pensamiento de su más destacado discípulo acerca de que “Revolución es cambiar todo lo que debe ser cambiado”. Pareciera que nuestro gran amigo, el Comandante Dr. Eduardo Bernabé Ordaz Ducungé, conocía o intuía el aforismo del Maestro acerca de que, en el enfrentamiento a grandes tareas humanas, “virtudes se necesitan más que talento”.

Los brazos abiertos, resaltados en la magnífica escultura erigida tan solo a unos pasos del lugar en que día tras día y desde las cinco de la madrugada, los trabajadores y pacientes del hospital sabían que encontrarían un hombre de bien, dispuesto a escucharles cualquier tipo de problema, que estuviese a su alcance resolver.

En efecto, la vida íntegra del Comandante Ordaz fue demostrativa de que para él, “nada humano resultaba ajeno” y esto lo mantuvo hasta su último hálito de vida. Sus características personales, de saber “dar sin recordar y recibir sin olvidar” han quedado grabadas en nuestro pueblo como atesoramiento eterno de su glorioso recuerdo.

En efecto, nuestro querido e inolvidable director fundador, era un ejemplo de alta espiritualidad, término que al decir de Martí expresa un “conglomerado de virtudes que permiten asumir como propias las necesidades de otros”.

El Comandante Ordaz sumaba a sus conocimientos, actitudes y habilidades médicas, una especial visión de futuro, expresiva de su alto nivel intelectual y de

algo aún más relevante, que era su desarrollada inteligencia emocional, cualidad implícita en sus ejemplares potencialidades para ubicarse en el lugar de otros, sentir como ellos y disponerse a ayudarles al máximo de sus posibilidades.

Ese era justamente el hombre que transformaría aquel infierno, (expresión muy nítida del total abandono de la salud pública en la Cuba de antes), que albergaba seis mil quinientos enfermos mentales en solo dos mil maltrechas camas--la mayoría consistente en bastidores rotos sin ningún tipo de cobertura—sufría las carencias implícitas en la magra asignación presupuestaria de 12 centavos de peso por día/paciente.

Para hacer aún mayor el sufrimiento de pacientes y familiares, solo el 25% del limitado presupuesto llegaba a su destino, mientras que el resto pasaba a engrosar los bolsillos de quienes medraban con el abandono a la desdicha de los más indefensos de todos los pacientes.

¿Cómo lo hizo? Yo diría que dedicando casi medio siglo de su relevante existencia a dicha tarea, pero sobre todas las cosas había en él un don especial para identificar y gratificar afectivamente las virtudes de sus trabajadores en detrimento del señalamiento de sus defectos.

En forma intuitiva aplicaba en sus relaciones interpersonales el principio Pigmalión, aquel escultor de la mitología griega que creó la estatua de una mujer que respondía a sus más exigentes criterios estéticos sobre la belleza femenina. Tan hermosa fue su obra, que llegó a enamorarse perdidamente de aquella imagen en mármol, hasta que Afrodita, la diosa del amor, le insufló vida a Galatea -que así se llamó finalmente su creación.

Esa era en mi criterio una de las más importantes virtudes del comandante en su gestión como director de una institución en la que algunos trabajadores--profesionales o no, subvalorados por otros organizadores de salud, brillaban a

plenitud en el crisol de una relación madura con el modelo padre—hijo, que les hacía crecer emocional y laboralmente.

Otro aspecto a destacar fue el nombramiento de un valioso equipo de asesores que tuvo la vivencia -y hablo en nombre de los que nos precedieron en dicha misión y en el de mis coetáneos y colegas posteriores- de que todos aprendimos más de su profunda capacidad creadora y desempeño interpersonal, de lo que pudimos aportar como modestos colaboradores.

Por otra parte, en forma realmente intuitiva, tuvo desde el comienzo una visión profundamente científica y marxista leninista de los fenómenos que enfrentaba, pues todos fueron valorados tanto con objetividad como con criterios multifactoriales, sistémicos e historicistas y el más relevante de sus aportes fue lograr, mediante la práctica social transformadora, convertir el peor almacén de enfermos del tercer mundo, en el mejor hospital estatal psiquiátrico en América Latina y el Caribe.

Su impronta quedará para siempre en la historia de la medicina cubana, ya que además del desarrollo de nuestra institución que hoy se enorgullece de llevar su nombre, hizo posible el aporte de nuestros pacientes y trabajadores para la construcción de los hospitales rehabilitatorios Comandante René Vallejo de Camagüey y Gustavo Machín de Santiago de Cuba, además de dispensarios, policlínicos, casas de médicos de familia, Centros Comunitarios de Salud Mental, centros de rehabilitación protegidos con albergue y talleres protegidos. Creó además los hogares protegidos y los hogares familiares protegidos, como nuevos modelos rehabilitatorios. Los primeros, muy cercanos al paradigma social de la adopción, viabilizan que una familia con adecuado nivel económico y demostrada integridad moral, lleve a su hogar, luego de un profundo estudio por el departamento de trabajo social, a pacientes en rehabilitación que desarrollarán en la mayoría de los casos labores de atención a ancianos, damas



de compañía, jardineros o custodios, pacientes a quienes se garantizará un trato como miembro pleno de la familia, requisito cuyo incumplimiento en las supervisiones sistemáticas de trabajo social, da lugar a la búsqueda de otro hogar adoptivo.

En el caso de los hogares familiares protegidos, el paciente en rehabilitación regresa a su hogar de procedencia, luego de garantizar a un miembro seleccionado del núcleo familiar, igual salario al recibido en su trabajo habitual, para dedicarse por entero a la atención integral del enfermo, quien recibe además, apoyo gratuito de la institución en lo referente a consultas evolutivas, medicamentos, vestuario, calzado, alimentación, artículos de aseo personal, y ropa de cama.

La eficacia de estos dos nuevos modelos rehabilitatorios en nuestro país fue demostrada mediante rigurosos estudios científicos.

Sin ser aún especialista en psiquiatría, el Dr. Ordaz comprendió que psiquiatría comunitaria era mucho más que psiquiatría ambulatoria y participó con igual entusiasmo en el desarrollo de todas las instalaciones asistenciales que requieren las comunidades.

Desde el punto de vista epistemológico fundó el método rehabilitatorio por niveles, que se generalizó en nuestro país y otros países del Caribe.

Apoyó e hizo factible, el trabajo taxonómico iniciado por el profesor Carlos Acosta Nodal y continuado brillantemente por el profesor Ángel Otero Ojeda, con la elaboración de los glosarios cubanos I, II y III de la Clasificación Internacional de Enfermedades, en su capítulo V.

En lo referente a la ética psiquiátrica, fue quien auspició el trabajo colectivo de la Sociedad Cubana de Psiquiatría y el Grupo Nacional de Psiquiatría para la elaboración del código ético de los psiquiatras cubanos, coordinado brillantemente por el profesor Alberto Galvizu Borrel y discutido con propósitos

enriquecedores, de aprendizaje activo y sentido de pertenencia, por el 96% de los psiquiatras de nuestro país, así como por otros miembros del equipo de Salud Mental.

Fue el impulsor de nuevos métodos terapéuticos como el Psicoballet, cuyas creadoras, la profesora en psicología Georgina Fariñas y la prima ballerina Alicia Alonso, encontraron el apoyo y respaldo merecidos.

Llevó igualmente al Hospital Psiquiátrico de La Habana a convertirse en centro de referencia nacional para la atención de la esquizofrenia, las psicosis epilépticas, las adicciones, la psiquiatría forense y el programa para personas deambulantes.

Desarrolló la asistencia, la docencia y la investigación. Creó la Revista del Hospital Psiquiátrico de La Habana y la convirtió en la revista de psiquiatría de mayor consistencia en la región. Fundó y mantuvo una editorial en la que nada relacionado con la Salud Mental fue desatendido.

Tuvo por siempre, proyecciones a la promoción de salud, la prevención, la curación y la rehabilitación, así como una visión integral que le permitió garantizar la atención clínica y quirúrgica de los pacientes en nuestro propio hospital.

Siguió fielmente el pensamiento de Bolívar, Martí y Fidel cuando transmitió a su equipo institucional los principios del internacionalismo.

Sus proyecciones de trabajo fueron reconocidas, admiradas y enriquecidas por quienes le sucedieron, que supieron honrarlo mediante gestos tan hermosos como asignar su nombre a la institución y erigirle la bella estatua que inmortaliza su figura.

La proyección latinoamericana de su trabajo se hizo evidente cuando en medio de la campaña difamatoria de la derecha miamense, y gracias al notable avance científico y las consecuentes visitas de intercambio recíproco con

psiquiatras de todo el mundo, se recibió el total respaldo de la Asociación Mundial de Psiquiatría y la Asociación Psiquiátrica de América Latina (APAL), organización que lo eligió su Presidente, como un formidable espaldarazo que terminó para siempre con aquella falsa y malintencionada maniobra, que acusaba al hospital de ser utilizado como instrumento de represión política.

Fue durante la presidencia de dicha prestigiosa Asociación Regional, que logró ampliar en sus estatutos los idiomas oficiales que diesen cabida a los países caribeños de habla francesa, inglesa y holandesa, además del castellano y portugués, tradicionales en dicha organización psiquiátrica. Logró también, mediante la reforma estatutaria, que se rotaran las sedes para eventos, con lo que países pequeños como Guatemala disfrutaron del intercambio científico como sedes de eventos de la Asociación. Igualmente brillante fue la celebración del Congreso APAL en La Habana.

La proyección regional de sus aportes y el reconocimiento mundial se hizo patente con el otorgamiento de la categoría de “Maestro de la Rehabilitación Psicosocial” y con su nominación para el Premio Nobel de la Paz.

Como demostración de su ejemplar modestia, cuando con toda justicia se le propuso su convalidación como psiquiatra, pidió humildemente que se nombrara un tribunal de expertos para rendir los ejercicios científicos previos al otorgamiento de la especialidad... Quienes nos honramos al integrar dicho tribunal docente, tuvimos la alta satisfacción de presenciar un ejercicio excelente en el que, junto al otorgamiento de la categoría de especialista de primer grado en psiquiatría y la felicitación por su desempeño, le hicimos saber que más que árbitros científicos de sus conocimientos éramos y seríamos siempre sus discípulos.

## CONSIDERACIONES FINALES:

En el momento de su desaparición física, el 21 de mayo del año 2006, el Comandante y Doctor Eduardo Bernabé Ordaz Ducungé había logrado que Cuba se convirtiera en la expresión más genuina de lo que destacó Emil Kraepelín, el padre de la Psiquiatría alemana, cuando sentenció que “el indicador más importante para conocer el nivel de humanismo de un pueblo, era la forma en que atendía a sus pacientes mentales”.

Durante su fructífera vida, el director fundador del Hospital Psiquiátrico de La Habana, Comandante y Doctor Eduardo Bernabé Ordaz Ducungé, llevó siempre a la práctica el aforismo martiano que da marco inspirativo a su hermoso y merecido monumento “Hombre es algo más que ser torpemente vivo: es entender una misión, ennoblecerla y cumplirla”.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

- Alfonso, C. “El asombro de la rehabilitación”.  
<http://www.trabajadores.cubaweb.cu/2005/Mayo/09/index.htm...>
- Álvarez Vázquez, J. “Falleció el Dr. Eduardo Bernabé Ordaz”. *Revista Humanidades Médicas* V.7 n.2 Ciudad de Camagüey, mayo-agosto 2007  
Acceso en: [scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1727...script=sci\\_arttext](http://scielo.sld.cu/scielo.php?pid=S1727...script=sci_arttext) -  
[En caché](#)
- Castro Ruz, F. Discurso pronunciado el 1º de mayo del 2000. Periódico Granma, 2 de mayo de 2000.
- González Menéndez, R. “Vivencias durante los años de trabajo dirigido por el Dr. Ordaz”. 17 Enero 1967 al 21 de mayo del -2006
- González Pérez, J. Despedida del duelo del Profesor de Mérito, Dr. Eduardo Bernabé Ordaz Ducungé. La Habana, 22 de mayo 2006.
- Quiroga Paneque, M. “Y entonces llegó la esperanza”.  
<http://cubahora.co.cu/.../ver-noticias/..., mayo, 2007>

- Martí Pérez, J. "Escuela Mexicana (1875)". Obras Completas. Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1953. Vol. II.